

Manuel Azaña

□ De política hablábamos, amigo Sancho. Ignoro si Cervantes dijo esto, pero bien pudo haberlo dicho. Y ya que de quijotismos se trata, un punto de espera para señalar la figura de Manuel Azaña, caído en desgracia después de la última y fracasada revolución española. Azaña fué el gran político de la República. Cambiar un régimen por el solo placer de cambiar de nombres a las cosas y de imprimir nuevos membretes a los papeles oficiales, no entraba dentro de los cálculos de Azaña. Su obra, con aspectos muy diferentes, era la obra de un hombre nuevo, del que se daba cuenta de que la nueva organización del país reclamaba medidas nuevas, caminos distintos y desbroce de toda las cizañas por cuyo crecimiento fué derribado el régimen anterior.

Azaña pudo equivocarse en algunas cosas; es más; su equivocación primordial fué la consideración excesiva a sus rivales, a esos que hoy gesticulan pidiendo su cabeza, por tantas digestiones como les perturbó el primer ministro republicano con sus reformas y correcciones. Algunos pasos, quizás excesivamente *intelectualistas*, algunas frases, tal vez demasiado violentas como tales frases, quedan en el balance de la obra de Azaña como materia en contra.

Por encima de esos aspectos, Manuel Azaña ha sido el más grande político que ha producido la España republicana auténtica, y seguramente, uno de los hombres con más capacidad organizadora y valentía de acción que se han dado en toda la historia española. Su pecado principal fué el respeto a la libertad. Admirable pecado para muchos. Los que le echaron en cara que mataran bajo su gobierno en Casas-Viejas a cincuenta sublevados comunistas, hoy envían tropas coloniales a Oviedo. La crítica que se hizo a Francia por enviar senegaleses y *spahis* al frente, contra los alemanes, queda enteca al lado de los que envían tropas marroquíes a combatir contra propios compatriotas.

Manuel Azaña es el blanco de las voces que piden justicia (justicia para su criterio) por los últimos sucesos. El mismo ha declarado su repudio de los aspectos extremistas de la revolución, su salida de la Generalidad Catalana al querer proclamar Companys la independencia del Estado Catalán. No importa. Manuel Azaña fué el hombre que metió en cintura a los militares. Hoy estos se gozan con la idea de verle caído. Fué el hombre que preconizó una reforma agraria que hoy acepta en casi todos sus puntos, por absoluta necesidad, el mundo que no la había realizado. Hoy los que se veían perturbados en el goce pacífico de sus cotos de caza, echan leña al fuego.

No se rehabilita una situación en poco tiempo. La misma guillotina hizo caer las cabezas de los reyes y de Dantón y Saint-Just. La revolución española parece caminar por derroteros distintos a los que tomó al iniciarse. Azaña es el hombre que recibirá ahora todos los golpes que no le pudieron dar cuando mandaba. ¿Fracasado?... Quizás. Pero fracasado en buena lid y dejando, por encima de la baba que ahora le echan muchos, la realidad de un hecho indudable: No se doblegó ni inclinó la cabeza ante presiones contrarias a su propio pensamiento y al programa que se había trazado. Quién sabe si Azaña es todavía el hombre-reserva de la política española.

Franc-Nohain

Ha muerto Franc-Nohain. Era el fabulista contemporáneo. Heredero del espíritu de La Fontaine, actualizaba los temas y daba a las fábulas un aire de nuestro tiempo, que las hacía más frescas y más fáciles de llegar al lector por sus roces cotidianos con los «personajes» del tema. Grasset publicó en 1931, un volumen donde se reunían los nueve libros de las fábulas de Franc-Nohain. Figuraban entre estos personajes—fauna novísima—el automóvil, la bicicleta, los skis, los areoplanos, el ascensor, el radiador, el globo. Era curioso sentir la imaginación del autor